

Cultura a la contra

Jugar es cada vez más difícil

Hay quien entiende la vida como un juego y a quien, por el contrario, le parece una cosa serísima, incluso trágica a veces. Este segundo individuo suele llevarse unos disgustos tremendos. El primero, todavía más; porque la vida es lo menos parecido a un juego. Una farsa, tal vez, pero, desde luego, un juego no. Jugar es tener imaginación, inventar cosas nuevas, utilizar los materiales que tenemos a nuestro alcance para recrearnos y crear una situación distinta. Y la vida —los que nos la fabrican— tienen cada vez menos imaginación. Todo parece repetirse con una exasperante monotonía, todo es continuamente igual a sí mismo; cuando por las mañanas coges el periódico, casi te da igual que sea el de hoy, el de ayer o el de hace un año: los que antes mataban, siguen matando igual, y además son los mismos; las guerras continúan se repiten, aunque cambie el escenario de algunas de ellas; los políticos dicen las mismas cosas todos los días. No, desde luego, esto no es un juego.

Queda el arte, se me dirá; ahí se juega, se me podrá argumentar. Pero es que parece que tampoco, que no se hace —o no hacemos— nada por cambiar, por no seguir repitiendo las mismas fórmulas. En el campo de la poesía, por ejemplo, nadie hace nada nuevo desde los dadasistas. Ni en el de la pintura. Ni en el del teatro: parece que estemos viviendo todavía en los años veinte. Y en cuanto a la música, pues pasa algo parecido: la más interesante que se hace en el campo del rock —y hablo del rock porque es un tipo de música bastante ejemplar, que une varios medios de expresión a la vez y que llega a casi todo el mundo—, la famosa "nueva ola" no es más que una repetición de fórmulas que ya eran viejas en los años sesenta.

Sólo se puede jugar a juegos, verdaderos juegos: al bingo, por ejemplo, que cada vez tiene más éxito. Es el juego por el juego, donde el elemento humano no tiene ninguna importancia, y que está condicionado solamente por el azar y la codicia. O sea, que ni a eso: en los juegos de cartas o de salón, el hombre comunica de alguna manera con otros hombres. Pero eso también se pierde: hombres y máquinas se enfrentan, solos.

En plan arte, hay un juego que queda todavía: la provocación pura y simple. Y no me refiero, claro está, a la de nuestros asesinitos nazis, que provocan y luego van y matan: me refiero a esa sucesión de gestos que pueden llegarnos a hacer comunicar con otros humanos, salir del amuerante rollo de eso que Erich Fromm llamaba "la separación", y que es, simplemente, la soledad, la imposibilidad de salir de nuestra piel para estar en la de otros.

Jugar es cada vez más difícil. Y charlar, y conversar con alguien. Porque lo que en realidad se está poniendo difícilísimo es continuar siendo humano. **EDUARDO HARO IBARS.**

otros— completaron el programa de los cinco días de trabajo.

Sería imposible resumir lo que se dijo en las ocho horas largas de ponencias y debates. Los temas —desde los principalmente sociopolíticos a los escénicos, pasando por los que pertenecen a la literatura dramática— entrañaron un repaso de las cuestiones conflictivas que configuran el teatro español de nuestros días. Las posiciones de los que ocuparon las distintas mesas no fueron, por lo demás, uniformes.

Aunque fue común el sentimiento de que el teatro español actual, por más que se haya liberado de la censura y conquistado nuevos márgenes de expresión, padece una serie de limitaciones estructurales y, sobre todo, el peso de una determinada cultura teatral, que no puede cambiarse con la misma velocidad que las instituciones políticas.

Lo más importante y, en cierto sentido, lo más nuevo para el público del Spanish Institute fue el talante crítico y el nivel técnico

de media docena de gentes de teatro dispuestas a discutir de todos los temas y a luchar contra la retórica de las afirmaciones generales. La Semana se ha inscrito, en fin, como un destacado testimonio de la España de hoy ante un nutrido grupo de hispanistas neoyorquinos. ■ J. M.

CINE

"Mujer entre perro y lobo"

Última de las películas dirigidas por el belga André Delvaux y recientemente proyectada con éxito en el Festival de Cannes. Delvaux es autor de otros títulos, también estrenados en España: "El hombre del cráneo rasurado", "Una noche, un tren", "Cita en Bray" y "Belle", todos ellos diversos entre sí, pero coincidentes en lo que respecta a las preocupaciones estéticas más claras del autor. La continua experi-



"Mujer entre perro y lobo", de André Delvaux.

mentación sobre el lenguaje (que en el caso de "Una noche, un tren" se ampliaba a un tratamiento de la diversidad lingüística de su país, adquiriendo un claro sentido político) y su afán por lograr una coherencia estilística que se apoye en un tratamiento de indiscutible belleza y originalidad en planos y secuencias. "Mujer entre perro y lobo" es, no obstante la clara progresión de Delvaux en su línea expresiva, la más sencilla de sus películas. Apoyándose en una anécdota sentimental, el autor no elude la posibilidad de que el espectador siga la proyección de

la película en función de las emociones que el personaje central femenino le produzca. La frialdad que en este sentido también podía caracterizar el cine de Delvaux desaparece limpiamente para dar pie en su lugar a una historia de amor sin aparente mayor trascendencia: una mujer casada con un nazi se enamora de un líder de la Resistencia mientras su marido vive en el frente. Sus dudas y miedos y la elección a la que se ve obligada al finalizar la guerra forman la parte anecdótica de la película.

Delvaux, sin embargo, aprovecha esta simplicidad para conducir su narración, paralelamente, por otros caminos. De un lado, por la concreción de una crónica social, que retrata las vivencias de los habitantes de Anvers durante la guerra: sus odios, sus cobardías, sus miserias, pero también su música y su tristeza. Por otro, la creación de un ambiente expresivo, que sitúa las características emocionales de sus personajes en función del medio ambiente: la enorme casa rodeada de jardín, que acaba de alguna forma por convertirse en protagonista de la película. Para ello, el director ha fragmentado las peripecias de sus personajes, incluso algunas veces en desorden cronológico, de forma que cada momento de sus vidas está elegido no ya por la trascendencia histórica de sus reacciones como por la significación de sus gestos. Pequeños detalles, mínimas frases, situaciones cotidianas que van conformando la panorámica social e histórica. "Mujer entre perro y lobo" es una de las mejores películas exhibidas en el Festival de Cannes de 1979 y que oportunamente se estrena ahora en España. Insólito estreno cuando los distribuidores y exhibidores locales nos tienen acostumbrados a una programación mucho más caótica y desinformada. ■ DIEGO GALAN.

"La larga noche de los bastones blancos"

Si las buenas intenciones no vienen acompañadas de algo más, pueden quedarse en piedras del infierno. O como en el caso de esta película, en una truculen-

ta, antigua y falsa historia dramática a pesar de que el tema que quiera tratar sea serio y real: la injusticia de la marginación sufrida por los ciegos en una sociedad dirigida por videntes. La mala literatura de los diálogos, la tosquedad de las situaciones, la cursilería de la composición de muchos planos y momentos y el rebuscamiento de un "suspense" barato sobrecargado de pretensiones acaban transformando "La larga noche de los bastones blancos" en una película ingenua, sentimentaloides y en muchos momentos grotesca. Cualquier problema de marginados (como el de los ciegos) tiene muchas más connotaciones y complejidades que lo que la película presenta. Incluso casos realmente estremecedores sin necesidad de remontarse a inventos

como el de esos dos invidentes perdidos una noche en los túneles del Metro madrileño. Sin embargo, la película se limita a esa situación como punto clave de su originalidad, tras hacer soportar al espectador largos momentos previos llenos de paisajes bucólicos (lo que el ciego no ve) o frases huecas (tanto dichas por los propios ciegos como por los personajes de cartón piedra que les rodean). Se vuelve en "La larga noche..." al viejo cine de denuncia, halagador de sentimentalismos cristianos e ineficaces, concretado aquí en las acusaciones a la Telefónica o al Metro.

Y, sin embargo, estamos ante una película honesta, que cree en lo que hace. No hay oportunismos a la moda ni cosas que se le parezcan. Incluso hay un notable trabajo interpretativo por parte,



José María Rodero, en "La larga noche de los bastones blancos", de Javier Elorrieta.

sobre todo, de José María Rodero, como es habitual en él, sin necesidad de remitirnos a las obras de Buero Vallejo, en las que ya

diera cuerpo a otros invidentes. Esta cita de Buero, no obstante, puede servir de referencia a lo que la primera película dirigida por Javier Elorrieta no es: rigurosa, profunda y ácida. ■ D. G.

DISCOS

Triana, entre la sombra y la luz

Un despliegue propagandístico sin precedentes en nuestra industria discográfica ha acompañado el lanzamiento del tercer LP de Triana, "Sombra y luz" (1). Promociones especiales, presentaciones a la prensa, incluso vallas y anuncios de calle para esta esperada obra, que ha recibido, asimismo, el "refrendo" de un Disco de Oro en el televisivo espacio de "Aplauso". ¿Necesita Triana de todo este montaje? ¿Por qué precisamente ahora, a la vista de un trabajo que no supera en absoluto los dos precedentes?

Los grupos y cantantes españoles suelen quejarse, así como los productores, arreglistas y músicos más conscientes, de que a nuestros productos autóctonos apenas se les hace caso, no se les apoya y raramente se les menciona, en detrimento del favor dispensado a la música extranjera, muy especialmente la norteamericana e inglesa. Es un reproche realizado a los medios de comunicación que casi nunca puede ser rebatido, si se mira el asunto desde un punto de vista objetivo: nuestras emisoras, incluso las supuestamente "progres", difunden masivamente las proezas de las nuevas o viejas olas rockeras, en el mejor de los casos, y mucho más habitualmente, las medianías y productos de desecho de las vulgares figuras de la música llamada "comercial" o, en estos tiempos, "disco(tequera)". Revistas y periódicos especializados abundan en las mismas tristezas. Es por ello que un sentimiento "nacionalista" surge, como por reacción y repulsa, de lado de un

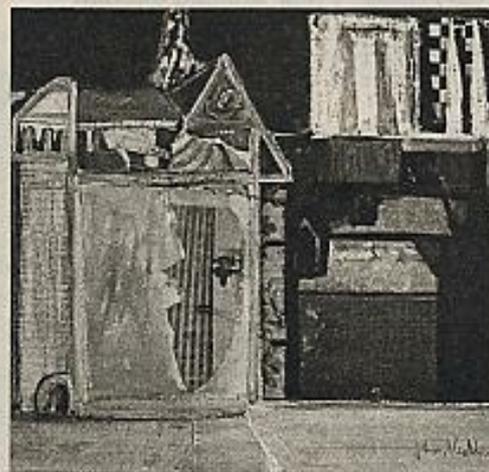
Juan Alcalde: la ciudad y su paisaje

ESA cosmogonía de lo cotidiano que es la calle, la ciudad contemplada y vivida paso a paso, ámbito en el que se verifica el testimonio más leal de una existencia: lo común es el mundo desvelado en la pintura de Juan Alcalde. Un mundo apenas nominado, porque lo sustantivo, más allá del específico gesto formal —lo "pictórico"—, suele ser un perfil, una perspectiva concreta —Madrid, donde naciera el artista; París, donde reside...—, que confía la inquietante firmeza de una nación a las pequeñas (?) y reveladoras virtudes de lo objetivo: un eco, esa atmósfera, un color. Una travesía por lo esencial.

La exposición de la galería Biosca subraya, de

nuevo, la sutil transgresión del orden que suele producirse en los paisajes urbanos de Juan Alcalde. No es el orden arquitectónico quien propicia los reales valores de legitimación de esos paisajes, sino un orden emocional decantado a través de la síntesis de actitudes resumidas en la de ver. O en la de sentir. No es un orden de fuera hacia dentro, sino de dentro hacia fuera. El dato del Sacre-Coeur o del Rastro hay que entenderlo a otro nivel de localización, en otros horizontes. Los horizontes primordiales de Juan Alcalde se advierten como surgidos de un largo ejercicio de percepción y de reducción de un entorno a lo genuino: unos volúmenes, la huella —también cromática; los colores en esta obra subvierten su función aparente— de unos componentes sociológicos, la respuesta —un paisaje es siempre una respuesta—, al fin, del artista.

Semánticamente, el camino a recorrer para la comprensión es el que va del estar al ser. Madrid, París, la ciudad, la calle, el río, los árboles, el monumento ecuestre al prócer local o nacional... no sólo están, sino que, a veces, son. Término que conjuga el préstamo de pronunciamientos de quienes, a pesar y además de lo dicho, conforman ese panorama. Para qué hablar de procesos de sublimación. Se es de la mejor manera posible: con incertidumbre. Por ejemplo, las ciudades pintadas por Juan Alcalde aparecen como deshabitadas. Incierto. Las habita el pintor. ■ M. L.



(1) Movieplay-Gong, 17.1439/4.